

EVOLUCIÓN DEL SISTEMA POLÍTICO EN LA CHINA POSMAOISTA

MARÍA JESÚS MERINERO

Más allá de las especulaciones de los medios diplomáticos y periodísticos en torno a la inminente sucesión del líder Deng Xiaoping, una de las grandes cuestiones que se plantea en la política internacional es la situación y perspectivas del régimen comunista chino. Y, especialmente, en estos momentos en que China está en un proceso de mutación y la opinión internacional se inquieta, no sólo por los cambios económicos y sociales, y por el empeño por mantenerse como gran potencia regional en el nuevo equilibrio estratégico del Pacífico, sino también por su avance hacia un modelo singular, que ha llegado a adoptar el adjetivo ya aceptado de ¿forma “sinizada”? que, como afirma Lew¹, se caracteriza porque combina cambios económicos y sociales, menos políticos, con la conservación de muchos rasgos del pasado maoista, incluso nuevas emergencias que vienen de un pasado más lejano: el peso, la fuerza, la continuidad de la civilización china.

Tras la crisis y desaparición de los regímenes comunistas de Europa del Este, fueron muchos los que pronosticaron que el régimen comunista chino estaba abocado irreversiblemente, a una profunda crisis, de la que había sido un primer acto la crisis de Tiananmen. No obstante, la evolución posterior de China se ha caracterizado por su estabilidad, y el régimen político aparecía sólidamente asentado sobre el pacto pos-Tiananmen entre lo que se ha dado en llamar grupos reformistas y conservadores en el poder.

No obstante, esta estabilidad, ¿es una realidad o no pasa de ser más que una apariencia?

Por una parte, surge la controversia, cada vez más tenue, sobre la reaparición de un movimiento de reivindicación popular en favor de la democratización; algunos argumentan que el precedente fue la primavera de 1989 en Tiananmen, explicado como consecuencia de la contradicción creada por la diferente velocidad en que se produce la reforma económica y la política. Sin embargo, ante este análisis, hay dos cuestiones que deben estar claras; se trata de determinar si realmente el movimiento de malestar social manifestado en 1989 respondía a unos deseos de cambiar el régimen político chino, cuando en él se dieron consignas tan contradictorias, pero entre las que fueron escasas las que exigían un régimen democrático —estas peticiones² habían sido más frecuentes en el movimiento de 1979— y más abundantes los vivos al PCC. Por otra parte, si el movimiento tenía como factor decisivo el desarrollo económico,

¹ Lew, R.: “ Los cambios sociales en la China posmaoista” en *Cuadernos del Este*, Madrid, Edit. Complutense, nº 13, 1994; pp. 107-126.

² Merinero, Mª J.: “Manifestaciones de malestar social en la China actual” en *Revista Española del Pacífico*. Madrid, Asociación Española del Pacífico, nº 6, 1996, pp. 149-186.

¿por qué en las zonas más desarrolladas, las Zees y las zonas costeras, el movimiento fue insignificante? En estas zonas, no sólo las manifestaciones no se dieron, sino que, además, se pudo observar un cierto nerviosismo por las repercusiones negativas sobre las tan necesarias relaciones con el exterior. El movimiento de 1989 tuvo más de queja sobre los efectos negativos de la reforma económica, no exigiéndose nunca una vuelta atrás, que de reivindicación política³.

Sin embargo, superando esta predicción, existe una gran coincidencia entre los múltiples autores que se han ocupado del tema, sobre la necesidad de comprender la naturaleza del régimen político, para entender la política china. Y todos coinciden en revisar el término “marxismo-leninismo” como definición del régimen, y sustituirlo por el de “confucianismo-leninismo”, como expresión más real de la naturaleza del comunismo chino⁴. Queriendo con ello referirse a dos características esenciales: la incorporación de ingredientes tradicionales de la cultura china, concretamente lo que constituye su más milenaria esencia: el confucianismo, como moral organizativa de la sociedad; y por el peso de esta moral social, afirmar el poco peso del marxismo como ideología, y el mayor del leninismo, entendido como concepción organizativa con tres componentes centrales, que se acomodan muy bien al reverencial respeto a la jerarquía, y al sentido de orden social del confucianismo:

- a) el PCC, como motor de la transformación en la sociedad;
- b) formado por una minoría, una vanguardia dirigente y
- c) que debe tener una organización férrea y jerárquica, que le confiera gran eficacia.

El gobierno es, pues, un gobierno basado en los hombres y no en las normas⁵. Llegando así a la conclusión de la coincidencia del régimen actual con el del mandarinato⁶, consistente en la existencia de una élite muy restringida de altos funcionarios dominando una masa inmensa de gente.

De ahí que todo el cambio llevado a cabo desde el ascenso de Deng al poder, no tiene más sentido que la voluntad del PCC de permanecer como dueño del poder cualesquiera que sean sus evoluciones o mutaciones. A la vez que se constata la ausencia, o mejor, la fragilidad, de una verdadera alternativa, de una oposición estructurada; lo que permite y obliga al PCC, a tomar él mismo a su cargo las transformaciones, incluida la propia .

¿Se tratará de una verdadera y finalmente feliz “perestroika” china?

Será a esta reforma política, casi invisible a la que nos referiremos.

No obstante, no debe perderse de vista, en el momento de analizar la propia transformación llevada a cabo por el PCC, que la China actual, no puede considerarse en absoluto un sistema integrado: las diferencias regionales, sectoriales, locales y sociales hacen que se pueda hablar, como lo hace Kenneth Liebertal, de un sistema caracterizado como “autoritarismo fragmentado”⁷. Y, aunque parezca paradójico, son las mismas reglas de funcionamiento de las instituciones comunistas las que han favorecido la expresión de este localismo secular, pudiendo señalarse, al menos como de mayor peso, tres de ellas:

³ Fairbank, J-K. (ed.): *The Cambridge History Of China*. Cambridge U.P., 1989

⁴ Fanjul, E.: *Revolución en la revolución*. Madrid, Alianza, 1994; pp. 290-303 Pye, L.W.: *The Mandarin And the Cadre. China's Political Cultures*. Michigan, The University of Michigan, 1988; y Pye, L.W.: “Deng Xiaoping y la cultura política china: un perfil introductorio” en *Cuadernos del Este*, nº 13, Madrid, Edit. Complutense, 1994; pp. 127-150.

⁵ Fairbank, J.: *Hª de China. S. XIX y XX*. Madrid, Alianza, 1990.

⁶ Lew, R.: “Los cambios sociales en la China posmaoista” en *Cuadernos del Este*, nº 13, Madrid, Edit. Complutense, 1994; pp. 107-126, y Lew, R.: Les effets des réformes en Chine” “*Le Courier des pays de l'Est*. Paris, julio-agosto”, 1992.

⁷ Cit. por Pye, L. W.; “Deng Xiaoping y la cultura política china: un perfil introductorio” en *Cuadernos del Este*, nº 13, Madrid, Univ. Complutense, 1994; p. 129

- a) La concentración de enormes poderes en manos de un solo hombre en cada escalón de la jerarquía: el secretario regional del PCC, aparece como un verdadero sátrapa.
- b) El abandono de la regla de evitamiento que, en la China imperial, prohibía a un mandarín administrar su provincia natal.
- c) La ausencia de un sistema de control independiente.

A estas razones estructurales e institucionales, se sumarán las derivadas de la política de reformas, que conducirán a una variada descentralización. Por un lado, porque la reforma económica necesita de la colaboración de los responsables regionales y locales para ponerla en práctica, por lo que cederá a las provincias diversas prerrogativas económicas y financieras; a la par que la multiplicación de los regímenes particulares –las ZEEs, las ciudades abiertas, las provincias costeras, etc– ha aumentado el desorden administrativo y fiscal. Esta descentralización⁸ ha llevado a situaciones diversas; a veces, a la ruptura, de hecho, del lazo jerárquico con la autoridad superior; en otras ocasiones, al pacto entre obediencia a cambio de prebendas económicas; y en todos los casos, a la actual crisis fiscal y presupuestaria y al fomento de las redes de influencia, a la formación de los “guanxi” o círculos que se mueven por relaciones e influencias personales⁹. Constituyendo la pertenencia a un “guanxi”, es decir, la habilidad para saber establecer una serie de lazos con poderosos protectores, lo que en muchas ocasiones propicia actitudes serviles, y es generadora de corrupción y nepotismo, una de las características tradicionales de la carrera política en China. Lo que ha favorecido, a la vez, el atractivo por ocupar un puesto en la jerarquía de poder, puesto que facilita la especulación, y que el número de miembros del PCC haya aumentado de manera significativa en los últimos años.

Tampoco puede sorprender, por tanto, que la base de apoyo del gobierno en la actualidad se encuentre en las zonas más desarrolladas, a las que el Partido debe mimar ante el riesgo de perder un apoyo inestimable para continuar su política.

Así pues, no es posible deslindar reforma económica y cambios internos en el Partido-Estado.

Es cierto que la reforma económica ha adquirido una aceleración impensable, a pesar de los efectos negativos que ha generado; pero no es menos cierto que, a otro ritmo, y desde otra óptica, también ha existido una lenta y, a veces contradictoria, reforma política, que ha pasado por tres etapas esenciales: tres generaciones que van situándose en los puestos claves del poder, en relación con las etapas de la reforma económica, y acorde con sus efectos socio- económicos. La primera generación, o “generación revolucionaria”, estaría caracterizada por el predominio de los viejos héroes de la Larga Marcha; la segunda, caracterizada por el ascenso de los llamados “reformistas”, seguidores de Hu Yaobang y Zhao Ziyang¹⁰ y que finaliza en lo que Maraver¹¹ denomina el “consenso de 1989”; y la última, la que hoy rige China y salida del nuevo impulso reformista y ligada al XIV Congreso del PCC de 1992.

⁸ Para los problemas del regionalismo, Cabestan, J. P.: “La Réforme de l’organisation économique en Chine populaire: les limites de la deconcentration administrative” en *Revue internationale des sciences administratives*, nº 3, Paris, 1983; Cabestan, J. P.: *L’administration chinoise après Mao*. Paris, 1992 Lew, R.: “Jerarquías y diferencias” en *L’Etat de la Chine*. Paris, Edit, La Decouverte, 1989.; pp. 274-276; Aguinier, Ph.: “La Réforme des finances locales en Chine. 1979-1982” en *Revue d’études comparatives Est-Ouest*, vol. XIV, nº 3, Paris, 1983.

⁹ Las relaciones entre las élites políticas dando lugar al “guanxi” han sido estudiadas en Merinero, M.: “Élites dirigentes, élites disidentes” Madrid, *Revista de Estudios Asiáticos*, nº 3, 1997.

¹⁰ Las relaciones entre Deng y Hu Yaobang, en Franz, U.: *Deng Xiaoping*. Madrid, El País/Aguilar; 1988; y Salisbury, H.: *The New Emperors: China in the Era of Mao and Deng*. Boston, Little Brown, 1992. Para Zhao Ziyang, Zhao Wei.: *The Biography of Zhao Ziyang*. Hong Kong, Education and Cultura Press, 1989; también la obra de Uli Franz.

¹¹ Maraver, A.: “La dinámica interna de la ‘Gran China’ en *Anuario Internacional CIDOB*”. Barcelona, Fundació CIDOB, 1994; pp. 583-602.

La primera generación, conocida como “*generación revolucionaria*” está formada por hombres que, en su mayoría, han participado en la “Larga Marcha”, en la guerra chino-japonesa, o han sido unos de los primeros fundadores del PCC; pero, sobre todo, lo que les caracteriza, –y se puede considerar el nexo generacional–, es el haber sido víctimas de la “Revolución Cultural”. Cuando Deng condenó la “Revolución Cultural”, acompañó su gesto con una rehabilitación de todos aquellos de su generación, que habían sido blanco de los guardias rojos.

Nombres como Hu Yaobang, Yang Shangkun, Zhao Ziyang, Chen Yun, Peng Zhen.

Realmente el mismo Deng contó como factor a favor para su aceptación como autoridad suprema, su llegada al poder tras la Revolución cultural, que había dejado a la población china, no sólo debilitada en su ideología, sino tremendamente dañada por el desorden y violencia. En tales circunstancias, los manejos¹² que Deng llevó a cabo para despojar a Hua Guofeng– sucesor designado por Mao – de todos sus cargos, se llevó a cabo sin grandes desórdenes, y tuvo como resultado un consenso implícito en torno a Deng como futuro poder decisorio supremo de China después de Mao, pues representaba la posibilidad de mantener el orden y la estabilidad política.

Otro factor que favoreció la aceptación de esta generación, mayoritariamente situada ya en 1978, fue la tradicional deferencia¹³ que los chinos reservan a la ancianidad, lo que permite mantener una gerontocracia casi permanente.

Con el ascenso de esta generación se legitimaba, por una parte, la continuidad del monopolio del PCC, a la vez que la “limpieza” llevada a cabo de los “últimos maoistas”, abría la esperanza de nuevos tiempos de orden y estabilidad. La tendencia a reponer en cargos de importancia a los compañeros veteranos, que contaban con experiencia en los diversos campos: económico, ideológico, organizativo etc, obligó a contar con muchos ancianos, con gran antigüedad en el Partido, con los que Deng no deseaba contar para sus planes de reforma. De ahí que Deng estableciera un Comité Central Consultivo como forma de conseguir la jubilación de la Vieja Guardia. Esta medida estratégica se volvió contra él mismo, convirtiéndose el Comité en una nueva base institucional que les permitió mantener su poder, por lo que tuvo que abolirlo en 1992, a lo largo del XIV Congreso del Partido.

De otra parte, esta medida le permitió llevar a cabo los nombramientos de sus sucesores, Hu Yaobang y Zhao Ziyang.

Se ha convertido en lugar común aceptar a Deng Xiaoping como representante de la modernización del país; pero tampoco la idea modernizadora es propia de la década de los setenta. La confianza en la ciencia y la tecnología como impulsoras de la modernización, ya estaba vigente en los reformadores de 1898, y en el Movimiento reformista del 4 de Mayo de 1919; y Mao no había abandonado nunca esa idea que se explicitó bien en muchas de sus opciones económicas.

Los “reformistas” de hoy no están tan alejados de las concepciones de los llamados conservadores; la única diferencia, esencial por otra parte, no sólo en sus repercusiones económicas y sociales, sino políticas, reside en la forma o el método para su realización. Ello diferenciará las posturas de los dos líderes de ambas fracciones, Deng Xiaoping, líder de los “reformistas” y el recién fallecido Chen Yun, de los “conservadores”. Sin embargo, la puesta en práctica de la teoría reformista fue la que abrió una brecha insalvable entre los dos líderes. Para Deng, tal vez temeroso de ser víctima de un nuevo vaivén de la política china como las tres purgas sufridas con anterioridad, habría que hacerlo a toda máquina, dejando de lado las

¹² Zhou Xun.: *Deng Xiaoping*. Hong Kong, 1983.

¹³ Defendida por Pye, L.W.: “Deng Xiaoping y la cultura política china: un perfil introductorio” en *Cuadernos del Este*, nº 13, Madrid, Univ. Complutense, 1994.

consecuencia negativas de la reforma: inflación, descontento juvenil, corrupción, paro, mayores desigualdades sociales, desequilibrio entre el campo y la ciudad. Por el contrario, Chen defendía una apertura económica paulatina que tuviera en cuenta las características y la idiosincrasia china y que permitiera al Gobierno y al Partido sostener con firmeza las riendas del poder. La política de reajuste iniciada a fines de 1988 y aplicada con mayor firmeza tras 1989, reveló que el centro no era capaz de mantenerla ante las resistencias y presiones de las autoridades regionales de las provincias costeras. Fue, por tanto, a partir de 1989, cuando las dificultades de la reforma económica acerca las posiciones de reformistas y conservadores.

Otros temas como la vuelta a una mayor ideologización de la sociedad, esgrimida por los conservadores como forma de luchar contra el “cáncer burgués”, después de 1989, será fácilmente arbitrada por Deng Xiaoping, desde los primeros momentos. El inicio de este arbitraje se remonta a 1981, cuando Deng se erige como árbitro del debate entre ortodoxos y pragmáticos en torno al ritmo que debía llevar la reforma. Deng intenta compaginar la liberalización de la economía y el respeto a los “Cuatro Principios”: –Via socialista, dictadura del proletariado, liderazgo del PCC y marxismo- leninismo - pensamiento Mao–; en definitiva, la rigidez del encuadramiento político e ideológico del país. Compromiso que provocará crisis continuas, bien por parte de los neo- conservadores – los ortodoxos han sido progresivamente eliminados – bien por los más demócratas. Para evitarlas, Deng Xiaoping ha ido llevando a cabo reformas políticas que, al ritmo de los acontecimientos fueran conformando a las dos corrientes, eliminando primero a los ortodoxos, ora de hombres más abiertos, como Hu Yaobang, tras la crisis de 1986, o Zhao Ziyang, tras la de 1989.

El XII Congreso del PCC, en 1982, es el punto de partida para la renovación del partido; no sólo marca la apoteosis de Deng Xiaoping y el triunfo de la línea pragmática sino que supone la extensión de la modernización al campo político. Desde entonces y durante las décadas posteriores hasta hoy, se han realizado continuos cambios, hasta afectar a las más altas esferas de poder. El Partido se rejuvenece y se renueva, aumentando notablemente el número de especialistas, gestores y expertos; de tal forma que desde 1985 se inicia una lucha contra la gerontocracia estableciéndose normas para los nuevos empleados gubernamentales, que deberán contar con una edad entre los 35 y 55 años y tener un título universitario o de formación profesional equivalente¹⁴, de tal forma que a mediados de los ochenta, el 40% de los delegados tienen menos de 40 años, a la vez que se han llevado a cabo desplazamientos de los más remisos a obedecer las directrices de reforma de secretarios del partido en 9 de 25 provincias y regiones autónomas; además, se había conseguido que el 18% de los cuadros tuvieran una formación de nivel superior. La reforma prosigue de acuerdo con lo anunciado en su programa de modernización por el secretario general y líder oficial del PCC, Hu Yaobang, destituyendo a 131 altos cargos, en la mayor remodelación registrada en sus sesenta y cuatro años de historia. Los cambios también afectaron a la estructura del Partido, intentando restaurar la dirección colectiva, creando tres organismos de control del Partido¹⁵: un comité central con poder ejecutivo, una comisión central de consejeros del Partido, y una comisión de inspección de la disciplina.

La segunda generación de hombres ascendidos a los más importantes puestos en los organismos de poder, ha venido dictada por la ansiedad desatada por ese deseo de modernización económica, y que ha conducido a la primacía del pragmatismo¹⁶ sobre cualquier principio ideológico.

¹⁴ Franz, U.: *Deng Xiaoping reformador de China*. Madrid, Ed. El País/ Aguilar I, 1988; p. 287.

¹⁵ *Documentos de China. Decimotercer Congreso Nacional del PCC*. Beijing, Ediciones Lenguas Extranjeras, 1987.

Esta prioridad de lo pragmático, es decir, aceptar como guía de actuación las leyes de la sociedad de consumo, ha tenido también su reflejo en la esfera política. El pragmatismo económico lleva implícita la necesidad de contar con dirigentes que participen de esta libertad ideológica para actuar de acuerdo con las normas mercantiles, lo que ha conducido, en sucesivas etapas, a la sustitución de los “héroes” de la generación revolucionaria, y a los “ideólogos”, por jóvenes tecnócratas, a los que se les ha investido de poderes casi mágicos que les permiten intervenir desde las instancias estatales para conseguir la aceleración del desarrollo económico, pero siempre, y este es otro rasgo del pragmatismo, sin ceder nada, en nombre de la eficacia económica, de la integridad del monopolio del poder del PCC.

De tal forma que el pragmatismo se convierte en criterio de organización del PCC, como institución destinada a la transformación social, al que cada vez se le exige más cohesión y mayor eficacia.; a la vez que requiere, como ya hemos reseñado, un mayor acercamiento entre “reformistas” y “conservadores” en su acción política. De tal forma que los propios reformistas han aceptado, después de 1989, un neo- autoritarismo de espíritu utilitarista¹⁷ que justifique el monopolio del poder del partido, cuya única legitimidad ya es la de elevar el nivel de vida de la población. De hecho, algún analista contemporáneo ha definido el régimen chino como un enfrentamiento de ortodoxos contra ortodoxos por mantener el monopolio del poder del PCC.

Las repercusiones de la crisis de 1989 en el interior del poder se hicieron sentir. Deng sacrificaba a uno de sus más allegados en favor de las posturas ideológicas de los más conservadores, ya que Zhao Ziyang se había manifestado partidario del diálogo con los manifestantes. Los veteranos del partido respaldaron al Gobierno en su decisión sobre la represión posterior, pero también para criticar el “cáncer burgués” que se había extendido. El presidente de la Comisión Consultiva, el anciano Chen Yun, sugería como causa de la crisis “el relajamiento de la educación ideológica del marxismo”; y otro viejo dirigente, Peng Zhen, desafiaba la supremacía incontestable de Deng. Incluso la figura del general Yang Shangkung destacaba en el horizonte como una amenaza para Deng. En definitiva, la crisis en la estructura política se limitó a poner de relieve el problema de la sucesión de Deng, que pudiera poner en peligro el avance de su reforma. Por cuanto Deng elige para suceder a Zhao Ziyang, a Jiang Zemin, que representaría una línea de centro, bastante tecnocrática, pensando posiblemente en su sucesión.

De forma que en 1989, Deng mantendrá como Primer Ministro a Li Peng, colocará como Presidente de la República a su veterano compañero, y miembro de la Comisión Militar, Yang Shangkung, y como Secretario General del PCC al tecnócrata Jiang Zemin, iniciando así, en los más altos cargos, el consenso. Sin embargo, en 1992, durante el XIV Congreso, Jiang Zemin acumula los tres cargos más importantes: Secretario General, Presidente de la República y de la Comisión Militar, desplazando al conservador Yang Shangkun de sus bases de poder, y dejando el Comité Permanente del Buró Político dominado por el “eje Jiang Zemin-Li Peng”, que representa el consenso entre Deng y Chen Yu como jefes de la fracciones reformista y conservadora.

Esta firme convicción sobre su única legitimidad, plantea problemas de una doble índole a *los actuales gobernantes*. Por una parte, la superación de algunas importantes limitaciones y estrangulamientos que no ha sido capaz de remontar la reforma, como la necesidad, cada vez mayor, de importar grandes cantidades de cereales –se calcula que llegará a los 65 millones de

¹⁶ Sobre lo característico del pragmatismo chino, véase Pye, L. W.: *The Mandarin and the Cadre: China's Political Cultures*. Michigan Monography in Chinese Studies, 1988.

¹⁷ Sobre el neautoritarismo de los reformistas : Sautman, B.: “ Sirens of the Strongman : Neo- Authoritarianism in Recent Chinese Political Theory”, *The China Quarterly*, 129; 1992; Yingxiang, Ch.:» Ortodoxie et Disidence» en *L'Etat de la Chine et de ses habitants*. Paris, Éditions La Decouverte, 1989; pp. 258- 261.

toneladas anuales— para alimentar a una población creciente y la escasez de su producción energética, que llevará a retraer un alto porcentaje de sus reservas en divisas limitando así su inversión en tecnología avanzada procedente del exterior, y, por tanto, limitando su productividad y competencia en los mercados mundiales. Y de otra, la urgencia de los reformistas por ocupar los órganos de dirección del partido para poder llevar a cabo la reforma, para lo que deberán remontar el peso que los conservadores siguen manteniendo en dichos organismos, y sus posturas sobre la corrección de los efectos negativos de la reforma, que se vuelven contra ellos y pueden paralizar negativamente el avance de las reformas, y por tanto la legitimidad del poder del PCC.

El XIV Congreso celebrado en 1992-93 trajo ciertas novedades, exigidas por las realidades socio-económicas y políticas del país. Es necesario no sólo preparar la inminente sucesión de Deng, pero también mantener la legitimidad del partido, solucionando problemas ingentes que pueden dar al traste con el régimen: el problema campesino, que genera un excedente de cien millones de mano de obra, y que se convierte en una bomba de relojería ambulante compuesta de más de 60 millones de esa población, emigrando a las zonas urbanas, creando graves tensiones sociales; a lo que hay que añadir el problema del gran déficit estatal que suponen las numerosas empresas públicas que existen aún, y que nadie habla de privatizar, sino de buscar fórmulas de gestión autónoma. Por otra parte, el régimen puede desmoronarse, y ya lo advirtió Chen Yun, si no controla la corrupción que existe dentro de las propias filas de la burocracia estatal, y que anima a la corrupción pública y a la extensión del funcionamiento de la administración basada en mecanismos como el favor y las comisiones. Todo ello exige gran mesura en el ritmo de la reforma, y una nueva orientación en ella. Los reformistas hacen esfuerzos por conseguir hegemonía en los órganos decisivos del poder, pues la fecha de 1997 es clave para la tranquila incorporación de Hong Kong, Macao y la reunificación con Taiwan.

Resultados de los recientes esfuerzos de los reformistas en este Congreso son:

a) el ascenso de tres destacados reformistas en el Comité Permanente, lo que les daría mayoría para asegurar la continuidad de la reforma: Li Ruihuan, responsable de los asuntos ideológicos y de prensa desde 1989, Zhu Rongji, actual viceprimer ministro y responsable de la reforma económica, y candidato reformista para suceder al Primer Ministro, Li Peng; y Ju Jintao, antiguo protegido de Hu Yaobang, y que aparece como representante de las generaciones más jóvenes.

b) mayor representación de las provincias

Mientras se produce un mayor peso político de lo que se conoce como “grupo de Shanghai”¹⁸.

Shanghai se ha convertido en un símbolo de la reforma, iniciada en la zona, gracias a la iniciativa del actual viceprimer ministro de asuntos económicos, cuando fue alcalde de la ciudad, Zhu Rongji; lo que explica dos cuestiones relevantes. Una, el apoyo de los diferentes dirigentes políticos de esta zona de modernización tardía a los dictados de Pekín, frente al comportamiento más autónomo e indisciplinado de otras zonas económicas especiales. Por lo que se convierte a la vez, en un modelo de fiel obediencia al centro, tan apreciado por los neoconservadores. Por otra parte, e íntimamente ligado con su conversión en polo de atracción económico, el ascenso por parte de Deng Xiaoping en 1989 de Jiang Zemin, entonces alcalde de Shanghai, se debió, esencialmente a la recompensa por la capacidad de éste en saber contener las manifestaciones de 1989 en aquella ciudad. Estos méritos políticos, unidos a la moderación

¹⁸ Datos tomados de Bianco, L. y Chevrier, Y. (Dir.): *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier international*. París. Les Éditions Ouvrières, 1985; y Dossier elaborado a partir de las diferentes noticias de la prensa española.

de su actuación en la alta jerarquía, convirtieron a Jian no sólo en el sucesor nombrado por Deng, sino que como presidente de la República, secretario general del partido y presidente de la Comisión Militar, se ha convertido en cabeza de un nuevo “guanxi” con características locales. De tal forma que en el actual Comité Permanente del Buró Político, máximo órgano de poder, compuesto por siete miembros, tres de ellos son shanghaineses: Jian Zemin, el viceprimer ministro Zhu Rongji y el presidente de la Asamblea Popular Nacional (APN), Qiao Shi.

Pero también procede de allí el ministro de Asuntos Exteriores, Qian Qichen

Será Jiang Zemin, quien intentando afianzar su posición ascienda al buró político al hasta ahora alcalde de Shanghai, Huang Ju; y el secretario regional del PCC en Shanghai, Wu Banguo, no sólo ha sido promovido al secretariado del CC sino a viceministro.

En cuanto a los posibles dirigentes, dada la importancia de las personas en el gobierno chino, cada vez se especula más con la posible formación de algún tipo de dirección colectiva. En ese caso, tres serían los candidatos, “delfines”, de ambas corrientes: el primer ministro Li Peng, representando la línea conservadora; el Secretario general, presidente de la República y de la Comisión Militar, Jiang Zemin, por los reformistas, y un tercero también reformista, Zhu Rongji, viceprimer ministro de asuntos económicos. Sin embargo todo dependerá del éxito de la reforma económica, pues cuanto más se hagan sentir sus efectos negativos más se debilitará el poder del grupo.

No obstante, y con más fuerza desde la última reunión de la APN, y su novedoso comportamiento, no aceptando mayoritariamente las propuestas presentadas por el Gobierno –señal inequívoca de los deseos de mayor autonomía del Parlamento chino respecto al ejecutivo–, su presidente, Qiao Shi se perfila como la persona mejor situada como candidato a la sucesión de Deng. Qiao Shi, un hombre de 70 años, dedicado casi toda su carrera como viejo dirigente a los asuntos de seguridad, no relacionado con la corrupción rampante entre la jerarquía política, y conocedor de las “debilidades” de los otros candidatos al liderazgo, representaría una figura bisagra entre los neoconservadores y los reformistas. Lo que le convertiría en factor decisivo que asegurara la continuidad del régimen, aunque de forma más equilibrada; pues inició su participación política como asistente de Zhou Enlai, fue seguidor de Hu Yaobang hasta que es destituido en 1987, y aunque en 1987-88 aparece como protegido de Peng Zhen, uno de los hombres más importantes de la “generación revolucionaria”, ha mostrado mesurados deseos de apertura económica y política, que no permiten enmarcarlo entre los conservadores como Li Peng. De ahí la autonomía de su propia base de poder, favorecida por el escaso carisma que parece tener el que podría ser su contrincante, Jiang Zemin.

De tal forma que en este panorama político, en el que lo característico es el mantenimiento del equilibrio entre reformistas y conservadores, la candidatura de Qiao Shi permitiría que se mantuviera, al menos en un primer momento; a la vez que los reformistas podrían ir ganando peso, reflejando la propia base social de la actual nomenclatura. De tal forma que corresponderá a los hijos de los viejos comunistas, situados ahora en puestos intermedios y decisivos, el relevo en los altos cargos; pues su situación en puestos decisivos ya en la actualidad y su mejor conocimiento de las realidades internacionales, les sitúa en una posición más firme que la de sus predecesores.

Aunque para muchos analistas sigue existiendo la duda sobre cual será la posición del Ejército en el momento crítico de la sucesión que, según ellos, será la que decida de qué lado cae la balanza del poder.

Parece, sin embargo, que los militares han sido reducidos paulatinamente de los puestos políticos desde 1982, y reducida su base y su autonomía en el XIV Congreso, de tal forma que como afirma Maraver¹⁹, a pesar de su mayor representación en el Comité Central –del 17% al

25%—, el ELP no podrá jugar un papel autónomo en los debates sucesorios en los órganos dirigentes del partido.

Respecto a las transformaciones a más largo plazo, las previsiones presentan la posibilidad de rumbos muy diferentes. Por una parte, no resulta imposible que la política seguida hasta ahora basada en dotarse de un progreso económico sin llevar a cabo la liberalización política no puedan seguir funcionando. En tal caso puede que los gobernantes chinos se vean desbordados por las propias reformas que han iniciado, y el proceso se desborde, o que, obligado por las presiones externas e internas, aunque no exista una fuerte oposición estructurada, se llegue a la posibilidad de creación de una sociedad civil que goce de libertades políticas esenciales, y lleve a cabo su propia “perestroika” transformando desde dentro el propio sistema.

La otra opción sería la del mantenimiento de la represión autoritaria a pesar de los avances económicos o que China continúe gozando de un crecimiento económico, pero sólo con modificaciones limitadas en su sistema político represivo y autoritario.

En la prospectiva sobre el futuro escenario político, dos escenarios aparecen posibles, y los dos opuestos. Uno, el más optimista, que supone profundizar más la reforma económica, pero sin iniciar una apertura democrática, sino que lentamente el PCC iría evolucionando, sin abandonar el poder, hasta establecerse un régimen capitalista autoritario.

El otro escenario, más pesimista, presenta una situación de caos como resultado de las fuertes diferencias sociales creadas por la propia reforma, y el desmembramiento del país con la separación de provincias producto de una guerra civil.

A pesar de los débiles cambios políticos en el la RP China, el mantenimiento del carácter opaco de la política china, puede marcar uno de sus rasgos esenciales y tradicionales, a pesar de la extensión de medios de comunicación tan poderosos como la televisión, pero tan poco utilizados por sus dirigentes. Tras la desaparición de Deng en mayo de 1997, las especulaciones han quedado despejadas, y el XV Congreso del PCC —octubre de 1997— no ha aportado cuestiones relevantes en la esfera política.

La opción representada por la continuidad de Jiang Zemin, y la tranquila transferencia de Hong Kong, parecen confirmar la configuración del primer escenario descrito, y muy acorde con los regímenes autoritarios del entorno asiático.

La lejanía e invisibilidad de los gobernantes se mantiene como regla mandarinal.

¹⁹ Maraver, A.: “La dinámica interna de la ‘Gran China’ en *Anuario Internacional CIDOB*”. Barcelona, Fundació CIDOB, 1994; pp. 583-602.

BIBLIOGRAFÍA

AGUINIER, PH.

(1983): "La Réforme des finances locales en Chine. 1979-1982» en *Revue d'études comparatives Est-Ouest*, vol. XIV, nº 3, Paris.

BIANCO, L. y CHEVRIER, Y. (Dir.)

(1985): *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier international*. París. Les Éditions Ouvrières.

CABESTAN, J. P.

(1983): "La Réforme del'organisation économique en Chine populaire: les limites de la déconcentration administrative" en *Revue internationale des sciences administratives*, París nº 3.

CABESTAN, J. P.

(1992): *L'administration chinoise après Mao*. Paris.

Documentos de China. Decimotercer Congreso Nacional del PCCh. (1987) Beijing, Ediciones Lenguas Extranjeras.

FAIRBANK J. K. (ed.).

(1989): *The Cambridge History Of China*. Cambridge U.P.

FAIRBANK, J. K.

(1990): *Hiª de China. S. XIX y XX*. Madrid, Alianza.

FANJUL, E.

(1994): *Revolución en la revolución*. Madrid, Alianza; pp. 290-303.

FRANZ, U.

(1988): *Deng Xiaoping*. Madrid, El País/ Aguilar.

LEW, R.

(1994): "Los cambios sociales en la China posmaoista" en *Cuadernos del Este*, Madrid, Edit. Complutense, nº 13; pp. 107-126.

LEW, R.

(1992): "Les effets des réformes en Chine" *Le Courier des pays de l'Est*. Paris, julio-agosto.

LEW, R.

(1989): "Jerarquías y diferencias" en *L'Etat de la Chine*. Paris, Edit, La Decouverte; pp. 274-276.

MARAVER, A.

(1994): "La dinámica interna de la 'Gran China' en *Anuario Internacional "CIDOB"*. Barcelona, Fundació CIDOB; pp. 583-602.

MERINERO, Mª J.

(1996): "Manifestaciones de malestar social en la China actual" en *Revista Española del Pacífico*. Madrid, Asociación Española del Pacífico, nº 6.

MERINERO, Mª J.

(1997): "Élites dirigentes, élites disidentes" Madrid, *Revista de Estudios Asiáticos*, nº 3, 1997.

PYE, L. W.

(1988): *The Mandarin And the Cadre. China's Political Cultures*. Michigan, The University of Michigan.

PYE, L.W.

(1994): "Deng Xiaoping y la cultura política china: un perfil introductorio" en *Cuadernos del Este*, nº 13, Madrid, Edit. Complutense; pp. 127-150.

SAUTMAN, B.

(1992): "Sirens of the Strongman: Neo-Authoritarianism in Recent Chinese Political Theory", *The China Quarterly*, 129.

SALISBURY, H.

(1992): *The New Emperors: China in the Era of Mao and Deng*. Boston, Little Brown.

YINGXIANG, CH.

(1989): "Ortodoxie et Disidence" en *L'Etat de la Chine et de ses habitants*. Paris, Éditions La Decouverte; pp. 258-261.

ZHAO WEI

(1989): *The Biography of Zhao Ziyang*. Hong Kong, Education and Cultura Press.

ZHOU XUN

(1983): *Deng Xiaoping*, Hong Kong. Education and Cultura Press.